

de Sava del.

L' ENCOUBERT.

Ingham. del.

LOS CONEJOS DE CALABAZA

Irina Podgorny

Universidad de la Plata

“Alrededor de esta laguna se crían infinitas liebres, conejos, monillos ó gatillos de muchos tamaños, puercos, venados, leones, tigres, y un animal dicho *Ayotochtli* no mayor que gato, el cual tiene rostro de anadon, pies de puerco espin ó erizo, y cola larga; está cubierto de conchas que se encojen como escarcelas, donde se mete como galapago, y que parecen mucho cubiertas de caballo: tiene cubierta la cola de conchuelas, y la cabeza de una testera de lo mismo, quedando fuera las orejas; es en fin ni mas ni menos que caballo, y por eso lo llaman los españoles el encubertado ó el armado, y los indios *Ayotochtli*, que suena *conejo de calabaza*.”¹

A fines de junio de 1827, el doctor en medicina Martin Hinrich Carl Lichtenstein (1780-1857), director del Museo de Historia Natural y rector de la Universidad Friedrich-Wilhelm, presentaba en la Academia de Ciencias de Berlín la obra del protomédico Francisco Hernández (1514-1587).² La obra se refería a las descripciones sobre los animales cuadrúpedos de la Nueva España realizadas por el médico toledano de Felipe II y publicadas, en el siglo XVII, como *Francisci Hernandez nova plantarum, animalium et mineralium mexicanorum historia*.³ Lichtenstein explicaba la vigencia de esta obra a sabiendas de que, en la zoología de su siglo, los sistemas de clasificación cambiaban y la avalancha de datos desestabilizaba los nombres y las relaciones entre las especies. No obstante, muchos nombres mexicanos utilizados por Hernández sobrevivían en las obras más modernas; distorsionados o designando animales de otras regiones, allí estaban y los zoólogos contemporáneos no dudaban en utilizarlos. Para explicar este fenómeno, Lichtenstein recurría al tópico que, por entonces, sonaba en varios idiomas y continentes: el recelo de los españoles había frenado el conocimiento de la historia natural del Nuevo Mundo y, por ello, esta obra del siglo XVII se mantenía lozana. Pero, afirmaba el rector, los sucesos de las últimas décadas, es decir, las guerras de independencia, la emergencia de las nuevas estructuras políticas y el establecimiento de un tráfico sólido con las potencias comerciales arrojarían nueva luz sobre la flora y fauna de las regiones interiores y costeras americanas. Paradójicamente, aunque Lichtenstein reconocía el vínculo entre el desarrollo de la zoología y las rutas del comercio, utilizaba los textos surgidos del tráfico mercantil de los siglos XVI y XVII para

alimentar el tópico sobre el aislamiento de las colonias españolas. La conferencia de Lichtenstein plantea un asunto crucial en el conocimiento de la fauna en la primera mitad del siglo XIX: la conciencia de la fragilidad de las descripciones modernas que, amenazadas por la reformulación permanente de los sistemas que ordenaban el mundo animal, enfrentaban la solidez de las imágenes y nombres llegados del siglo XVI.

Muchos autores han analizado la circulación de la obra de Hernández: una descripción de la naturaleza, pero también un repertorio de la materia médica novohispana.⁴ López Piñero ha recordado que los manuscritos conservados en la biblioteca del Escorial, por lo menos hasta su incendio en 1671, fueron consultados por más de un estudioso. La primera edición en castellano, a cargo del padre Francisco Ximénez, data de México en 1615; el compendio de Nardo Antonio Recchi en latín fue editado por la Accademia dei Lincei en 1651 y, en 1635, Juan Eusebio de Nieremberg incluía en su *Historia naturae* gran parte de los textos hernandinos.⁵ Pero el estudio de la recepción de estas obras olvida aquello que destacaba Lichtenstein: su uso en la zoología de los siglos posteriores. Por eso, este ensayo, sin pretender agotar el tema, reflexiona sobre las maneras de procesar los datos que alimentaban las colecciones animales de los inicios del siglo XIX, donde los libros, las palabras y las imágenes del siglo XVI se combinarían con la observación de los especímenes recolectados en los años de la Independencia americana.

¹ Francisco López de Gómara, Carlos María de Bustamante y Domingo Francisco de San Antón Muñón Chimalpahin Cuauhtlehuanitzin, *Historia de las conquistas de Hernando Cortés* (México: Ontiveros, 1826).

² Hinrich Lichtenstein, “Erläuterungen der Nachrichten des Franc. Hernandez von den vierfüßigen Thieren Neuspaniens”, en *Abhandlungen der Königlich Preussischen Akademie der Wissenschaften* (1830), pp. 418-424.

³ José María López Piñero, *El códice Pomar (ca. 1590), el interés de Felipe II por la historia natural y la expedición Hernández a América* (Universidad de Valencia-CSIC, 1990).

⁴ Germán Somolinos d'Ardois, *Vida y obra de Francisco Hernández*, Obras completas, 1 (México: UNAM, 1960); Miguel de Asúa y Roger French, *A New World of Animals: Early Modern Europeans on the Creatures of Iberian America* (Aldershot: Ashgate, 2005); Ernesto Capanna, “South American Mammal Diversity and Hernandez's Novae Hispaniae Thesaurus”, *Rendiconti Lincei*, 20, 1 (2009), pp. 39-60; Wilma George, “Sources and Background to Discoveries of New Animals in the Sixteenth and Seventeenth Centuries”, *History of Science*, 18 (1980), pp. 79-104; Simon Varey, *The Mexican Treasury: The Writings of Dr. Francisco Hernández* (Stanford: Stanford University Press, 2000); Greg Clingham, *Sustaining Literature: Essays on Literature, History, and Culture, 1500-1800: Commemorating the Life and Work of Simon Varey* (Lewisburg: Bucknell University Press, 2007); Luigi Guerrini, *The 'Accademia dei Lincei' and the New World*, Preprint 348 (Berlín: Instituto Max Planck de Historia de la Ciencia, 2008).

⁵ Cf. Varey, *The Mexican Treasury*.



Filología, anticuaria e historia natural

Pocos años antes del informe de Lichtenstein, el barón Sebastian Albert von Sack (†1828) organizaba y financiaba una expedición a México. Las muestras e informes que, gracias a Von Sack, se despachaban a Berlín se cotejaban con la obra de Hernández y confirmaban la precisión de las descripciones del toledano. Desde otras latitudes, otros viajeros prusianos alimentaban las colecciones berlinesas: en Brasil y la Provincia Cisplatina, el también botánico y jardinero Friedrich Sellow (1789-1831) cargaba con plantas, animales y fósiles los barcos que recalaban en Río de Janeiro o en el Río de la Plata. No por nada Lichtenstein se planteaba la posibilidad de comparar la fauna mexicana con la sudamericana en general y con la brasileña en particular. El Museo de Berlín reunía ejemplares de diversas latitudes, pero, además, acorde a las preocupaciones de Alexander von Humboldt, Lichtenstein se preguntaba si la distribución de los animales y las plantas no debería integrarse a la descripción del clima y la topografía.

El trabajo de Lichtenstein combinó el estudio de las obras del siglo XVI con esas preguntas y el análisis de los objetos recientemente recolectados. Si querían evitarse los errores cometidos por los autores de los siglos anteriores, las descripciones antiguas debían ser analizadas filológicamente y, para ello, nadie mejor que su colega Wilhelm von Humboldt (1767-1835), con su conocimiento de las lenguas americanas y del diccionario náhuatl de fray Alonso de Molina (1571).⁶ Lichtenstein trabajó con la versión de Recchi y Von Humboldt analizó las palabras mexicanas allí reproducidas. Mientras la mayoría creaba problemas etimológicos, uno de los cuadrúpedos se traducía sin discusión: *ayotochtli*, de “*ayotl*”, “calabaza” y “*tochtli*”, “conejo”. Sin embargo, *ayotl* también podía significar “tortuga”, como aparecía en el vocabulario de Alonso de Molina⁷ y en la versión española de Ximénez, que Lichtenstein lamentaba no haber podido consultar. Allí, el cuarto libro sobre las partes de los animales acomodados para el uso de la medicina iniciaba con el *ayotochtli*, o “conejo con concha de tortuga”, llamado “armadillo” por los españoles. Este “animal monstruoso” se encuentra cubierto de cierto cuero o corteza “muy semejante a la armadura de los caballos, la cual está compuesta y partida en sus láminas”.⁸ En la versión latina, *ayotochtli* aparecía como *Dasyus cucurbitinus*, aceptando la versión vegetal de *ayotl* usando para “conejo” un nombre griego tomado de Aristóteles y de Plinio, autores a quienes Hernández conocía perfectamente.⁹

Lichtenstein comparaba la edición de Recchi con otras historias naturales del siglo XVII. En particular, el *Exoticorum* (1605) de Charles de l'Écluse —Clusius— (1526-1609), publicado 50 años antes y donde se describía *Armadillo, sive Tatou genus alterum*, incluyendo una xilografía que consideraba la primera pu-

blicada de este animal. En la misma página del tratado de Clusius aparecía la imagen de un cuerno maravilloso (*cornu admirandum*).¹⁰ Lichtenstein se sorprendía de que Clusius no hubiese sospechado que se trataba de la cola del animal acorazado, a pesar de que este último traducía al latín la obra de Nicolás Monardes (1493-1588). Monardes, médico y comerciante sevillano, había descrito en 1574 las virtudes curativas de la cola de

un animal extraño que está todo encubertado de conchicas, hasta los pies como un cavallo, que está encubertado de armas, por eso le llaman Armadillo, es del tamaño de un lechón y en el hocico parece a él, tiene una cola larga y gruesa como de Lagarto.¹¹

Monardes aclaraba: al igual que el maravilloso cuerno, esta cola servía para curar la sordera y el dolor de oídos.

La traducción de Clusius modificaba la descripción y la imagen publicadas por Monardes; en el capítulo *Armadillo, sive tatou* la reemplazó por una xilografía que se propagó ampliamente gracias a las obras de Margrave y de Laet.¹² Clusius, además, traducía al latín la cita de Francisco de Gómara que encabeza este trabajo. El *ayotochtli* se transformaba en *Cuniculum cucurbita*, reforzando la similitud con la cáscara disecada de las calabazas tropicales y distanciándose de las tortugas. Humboldt, sin dudas, se dejó cautivar por la idea de un conejo de calabaza. Un conejo de tortuga, en cambio, se acercaba bastante a la imposibilidad de reunir los opuestos.

El nombre “*Dasyus*” de la versión de Recchi llevaba, por su parte, a la polémica sobre qué designaba esta palabra griega cuya etimología significaba “patas peludas”, un atributo que distaba de ser inequívoco. Aristóteles sostenía: los animales carecen de pelo interiormente, en la palma de la mano y en la planta de los pies; los dasipódidos, en cambio, no respetan esa regla, exhibiendo pelo bajo los pies y en las mejillas. Esa descripción, que servía por igual para los conejos y liebres, aún en el siglo XVIII generaba controversia entre los filólogos y traductores de los textos bíblicos: Aristóteles también había usado *lagos* para la liebre y muchos autores griegos habían adoptado la forma latina *cuniculus* para el conejo.¹³ Y aunque algunos propusieron aplicarlo a los erizos, el significado moderno de *Dasyus* no se resolvía. Contemporáneamente a estas disquisiciones sobre el conocimiento de los antiguos y los descubrimientos de los modernos, Linneo elegiría el nombre de los controvertidos animales de “pies peludos”, filtrado por los informantes nahuas y los escritores en latín, para llamar *Dasyus* al género de los cuadrúpedos con caparazón. Es decir, el *ayotochtli* —un ani-

⁶ Wilhelm von Humboldt, “Erklärung einiger Thiernamen aus Hernandez Thesaurus rerum medicarum novae Hispaniae”, en *Abhandlungen der Königlich Preussischen Akademie der Wissenschaften* (1830), pp. 124-127.

⁷ Alonso de Molina, Vocabulario en lengua castellana y mexicana (México: 1571); recuperado el 10 de marzo del 2011 de http://alfama.sim.ucm.es/dioscorides/consulta_libro.asp?ref=B23658927&idioma=0.

⁸ Francisco Hernández, *Quatro Libros de la Naturaleza, y Virtudes de las plantas, y Animales que estan recevidos en el uso de Medicina en la Nueva España*, traducido y aumentado por F. Ximénez (México: Viuda de Diego López, 1615), pp. 177-178.

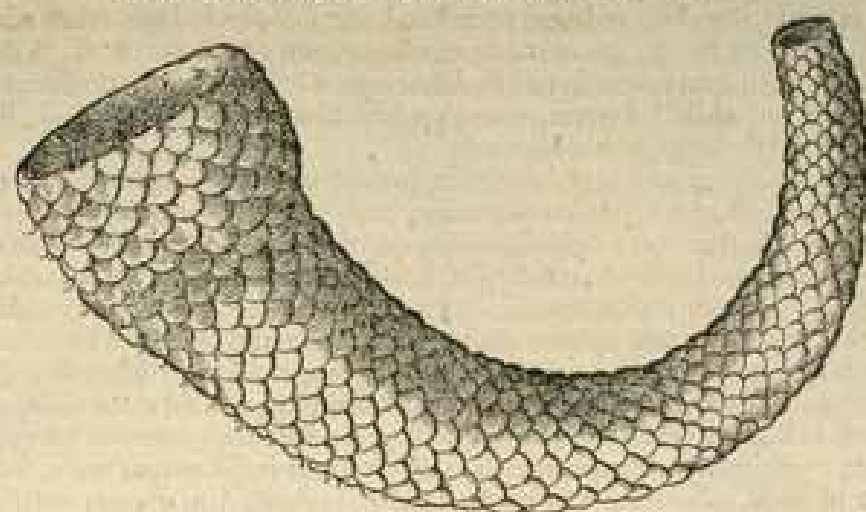
⁹ Nardo Antonio Recchi, “Liber Nonus. Animalia exhibet”, *Rerum medicarum Novae Hispaniae thesaurus seu* (Roma: 1651), p. 314; recuperado el 10 de marzo del 2011 de <http://gdz.sub.uni-goettingen.de/dms/load/img/>.

¹⁰ Caroli Clusii Atrebatensis, *Exoticorum libri decem: quibus animalium, plantarum, aromatum, aliorumque peregrinorum fructuum historiae describuntur: item Petri Bellonii Observationes, eodem Carolo Clusio interprete. Series totius operis post praefationem indicabitur* (1605), 109; recuperado el 10 de marzo del 2011 de <http://imgbase-scd-ulp.u-strasbg.fr/displayimage.php?album=338&pos=1>.

¹¹ Nicolás Monardes, *Primera y segunda y tercera partes de la historia medicinal de las cosas que se traen de nuestras Indias Occidentales que sirven en medicina*, 3 (Sevilla: Alonso), pp. 81-82.

¹² Clusius, 330; recuperado el 10 de marzo del 2011 de <http://imgbase-scd-ulp.u-strasbg.fr/displayimage.php?album=338&pos=346>.

¹³ Armand Gaston Camus, “Des lièvres et des lapins”, en *Notes sur l'histoire des animaux d'Aristote* (Paris: Desaint, 1783); Paul Gervais, *Histoire naturelle des mammifères, avec l'indication de leurs mœurs, et de leurs rapports avec les arts, le commerce et l'agriculture* (Paris: Curmer, 1854).

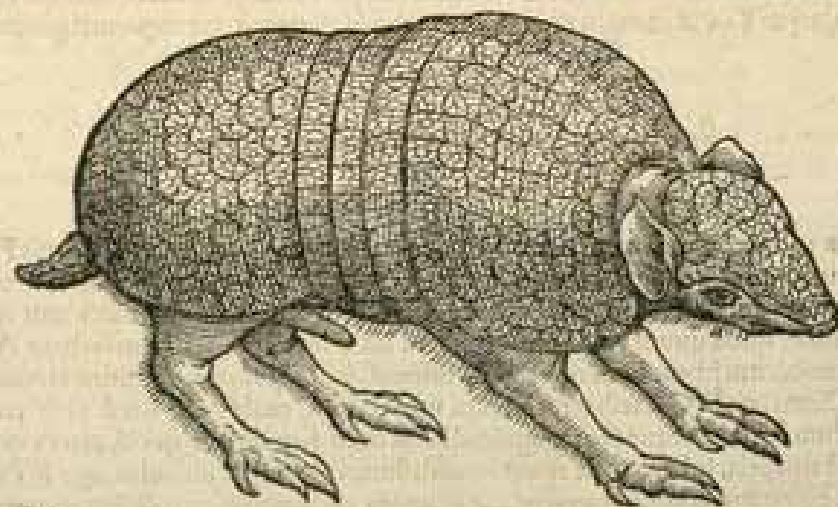


nam totum ex crassis ossis squamis imbricatis dispositis constabat, in posteriorem partem recurvum, infimâ parte quâ capiti innatum, sedecim squamarum ordinibus præditum, quæ obliquè deinde ab infimo ad summum sese torquentes (à sinistra ad dextram earum seriem sequendo) duarum & sexaginta numerum explebant: suprema pars octo dumtaxat ordines habebat: à dextra autem ad sinistram seriem sequendo, duabus & septuaginta squamis singuli ordines constare reperiuntur, quia magis in obliquum torquebantur: squamarum color partim fuscus erat, nonnullarum etiam albus, atque in singulis squamarum interstitiis villi quidam adhuc apparebant. An mobile fuerit cornu, dubitari posset, quum internâ & cavâ parte quasdam membranas etiamnum retineret, quæ fidem facerent, eam partem non solidâ aliquâ materiâ aut ossè expletam fuisse, sed carne dumtaxat. An porro gemino cornu præditum fuerit animal quod illud gestavit, an singulari, nihil affirmare poterant, qui cornu retulerant, quandoquidem ut dixi, animal non viderint, nec quemquam convenerint à quo percontari possent.

Armadillo, sive Tatou genus alterum.

CAP. XV.

In epistolâ quam Iacobus Plateau, cujus in hac Exoticorum historiâ crebra sit mentio, Novembri mense anno millesimo sexcentesimo secundo à Christi nativitate ad me scribat, inter alia significabat, se tria illius animalis, quod Hispani ab armis quibus tectus est, *Armadillo* appellant, Gallis verò voce Brasiliâica *Tatou* dicitur, in suo Musco diversa habere genera: unum quidem valde magnum, ejus formæ cujus illud erat, quod in scholio ad Nicolai Monardes caput de Armadillo, Libro de Medicamentis simplicibus ex



Occidentali India delatis, ante aliquot annos exhibebam, & nunc denud exhibeo: aliud item illi ferè simile, sed minus: tertium, ab illis formâ diversum, cujus quidem Iconem coloribus expressam illo tempore ad me mittebat, sed ejus magnitudinem non adscribebat.

K

de qua

de nuestras Indias: que sirven al uso de Medicina. 66

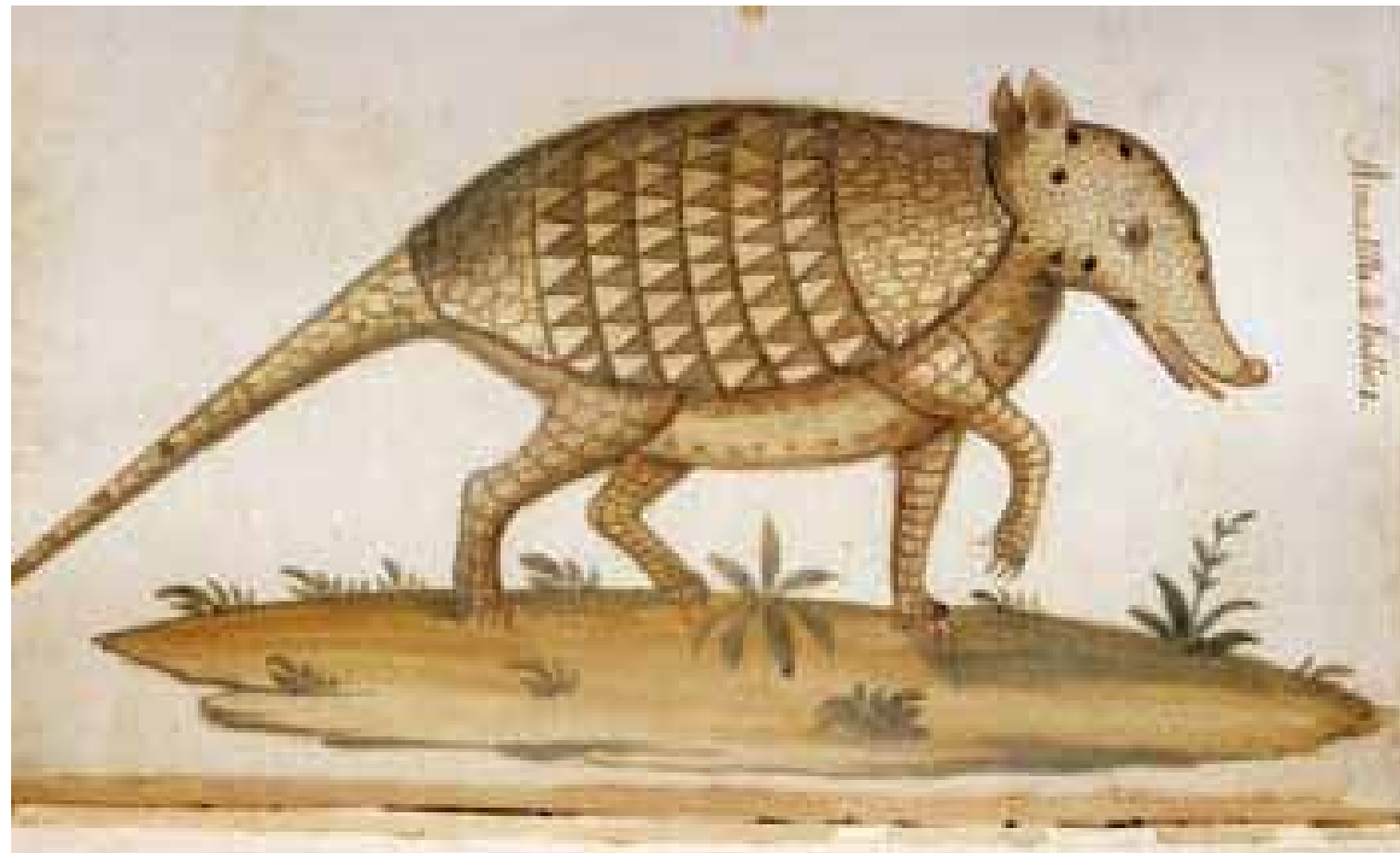
EL ARMADILLO.



ESTE Animal saque de otro natural, que esta en el Museo de Gonçalo de Molina: vn cavallero desta ciudad, en el qual ay mucha caridad de libros de varia lectiõ, y muchos generos de animales y aues, y otras cosas curiosas, traydas assi dela India Oriental, como Occidetal, y de otras partes del mundo, y gran copia de monedas y piedras antiguas, y diferencias de armas, que con gran curiosidad y con generoso animo ha allegado.

K 2

Traen



mal que ningún europeo del Siglo de las Luces confundiría con las liebres o los conejos del Viejo Mundo— se presentaba como candidato ideal para reclamar ese nombre de difícil interpretación. Promediando el siglo XIX, Paul Gervais (1816-1879) celebraría: Linneo cerró el problema llamando “*Dasyus*” a un animal nunca visto por los antiguos, sin aclarar que con ello se consolidaba la traducción al mundo clásico de los conejos de calabaza mexicanos.

Linneo (1707-1778), por su lado, en cada edición de su *Sistema natural*, modificó la clasificación del reino animal y la posición de *Dasyus*. En 1735 integraba con los puercoespines el grupo *Erinaceus*, uno de los que componía el orden “Fieras” (*Ferae*), de la gran clase de los cuadrúpedos de peludo cuerpo. Para 1743, el *Dasyus* se separaba de los erizos, aunque seguían juntos dentro de las fieras. Esta posición se mantuvo hasta la décima edición de 1758, donde aparece la clase de los mamíferos, definida por la presencia de mamas y el carácter vivíparo de la cría. El género *Dasyus* fue incluido entonces en el orden *Bestiae*, junto a los cerdos, los erizos, las zarigüeyas, las talpas y las musarañas. En la edición de 1766 se movería al orden *Bruta*, los mamíferos sin dientes incisivos. Los integrantes del género, a pesar de tantas mudanzas en los niveles superiores y de los cambios de criterio para separar o reunir a los animales, permanecían constantes. Las cosas se complicarían aún más con las diversas traducciones del *Sistema natural* al francés y al inglés, que sumarían más nombres a las interpretaciones de la naturaleza de Linneo.

Mientras tanto, Buffon (1707-1788), poco dispuesto a aceptar las reglas de los nomencladores modernos, continuó usando “cuadrúpedos” y recordaba que los armadillos no estaban cubiertos de pelos; su costra ósea, similar a la de las tortugas y can-

grejos, consistía de varias bandas, unidas por membranas que le permitían ciertos movimientos. Como Buffon, muchos naturalistas prefirieron apelar al nombre español “armadillo” o su versión latina “*cataphractum*”, destacando el rasgo más conspicuo de estos animales: la armadura de cota articulada, similar a las de los caballos de las Guardias Viejas de Castilla, establecidas por los Reyes Católicos en 1493 para conservar la tranquilidad del reino y crear terror y espanto entre sus enemigos. Cada guardia de este cuerpo especial debía tener dos caballos adiestrados, más una buena silla armada; cubiertas pintadas o especie de gualdrapa, que cubría todo el cuerpo, cuello y testera del caballo. Se los llamaba “encubertados”, palabra que los soldados españoles traspasaron a la descripción de los animales con “cuerpo cubierto de una concha como caballo encubertado”.¹⁴

¹⁴ Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés y José Amador de los Ríos, *Historia general y natural de las Indias, islas y tierra-firme del mar océano* (Madrid: Real Academia de la Historia, 1851), p. 46; Serafin María de Sotto, conde de Clonard y Gustave de Ridder, *Historia orgánica de las armas de infantería y caballería españolas, desde la creación del ejército permanente hasta el día*, tomo 2 (Madrid: González, 1851); cf. Mauricio Nieto, *Historia Natural y política: conocimientos y representaciones de la naturaleza americana*, publicación digital en la página web de la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República. Recuperado el 8 de marzo de 2011 de <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/exhibiciones/historia-natural-politica/hnp-intro.html>.



La misma evolución del vocabulario de la caballería transformaría el encubertado en armadillo, denominación que también remitía a los emblemas del universo visual y simbólico de la cultura humanista.¹⁵ Allí, la cota de malla expresaba el bien máspreciado de los seres mortales: la posibilidad de encarar y superar todas las dificultades (*virtus lorica fidelis*). Esa virtud no era propia del caparazón: algunos, como el de la tortuga, expresaban la seguridad de la casa propia (*domus optima*).¹⁶ Con el poder de su coraza articulada, el armadillo representó al continente americano en alegorías tales como la *Fuente de los cuatro ríos* de Bernini. En otros emblemas, el armadillo representó al demonio, asediando a los fieles bajo diferentes formas.¹⁷ El *ayotochili* —fiera, bruto o bestia— llegaría al siglo XIX arrastrando consigo conejos de calabaza, caballos encubertados, demonios al acecho y remedios contra la sordera.

Los ingenieros de espada, plancheta y compás

En los inicios del siglo XIX, el conocimiento de los armadillos no difería demasiado de aquél provisto por Hernández. Mientras Von Humboldt comparaba etimologías, Lichtenstein señalaba: Buffon, en el siglo XVIII, utilizó los nombres mexicanos mencionados por Hernández, seleccionando 20 “mamíferos” de los 50 publicados por el toledano, prestando atención a las figuras pero sin reparar en los textos que las acompañaban. Más aún: Buffon usó las láminas para compararlas entre sí o trasladar esos nombres a animales semejantes de otras regiones americanas. El mismo Linneo había creado algunos de sus tipos, como *Dasyppus*, sobre esta base: 12 de sus mamíferos procedían de la obra de Hernández

Las novedades llegarían en los albores de la Independencia americana, enviadas desde las provincias del Plata y del Paraguay por Félix de Azara (1742-1821), miembro del Real Cuerpo de Ingenieros del Virreinato del Río de la Plata y de la Comisión Demarcadora de Límites entre las posesiones de España y de Portugal (1783-1790). Entre los años 1782 a 1801, entre los 24 y 36 grados de latitud austral y los 57 y 60 de longitud occidental, Azara se dedicó, además, a tomar notas sobre los cuadrúpedos que conseguía con su dinero y diversas diligencias. Considera entonces que, con los animales a la vista, sus notas se exponen menos a caer en los errores

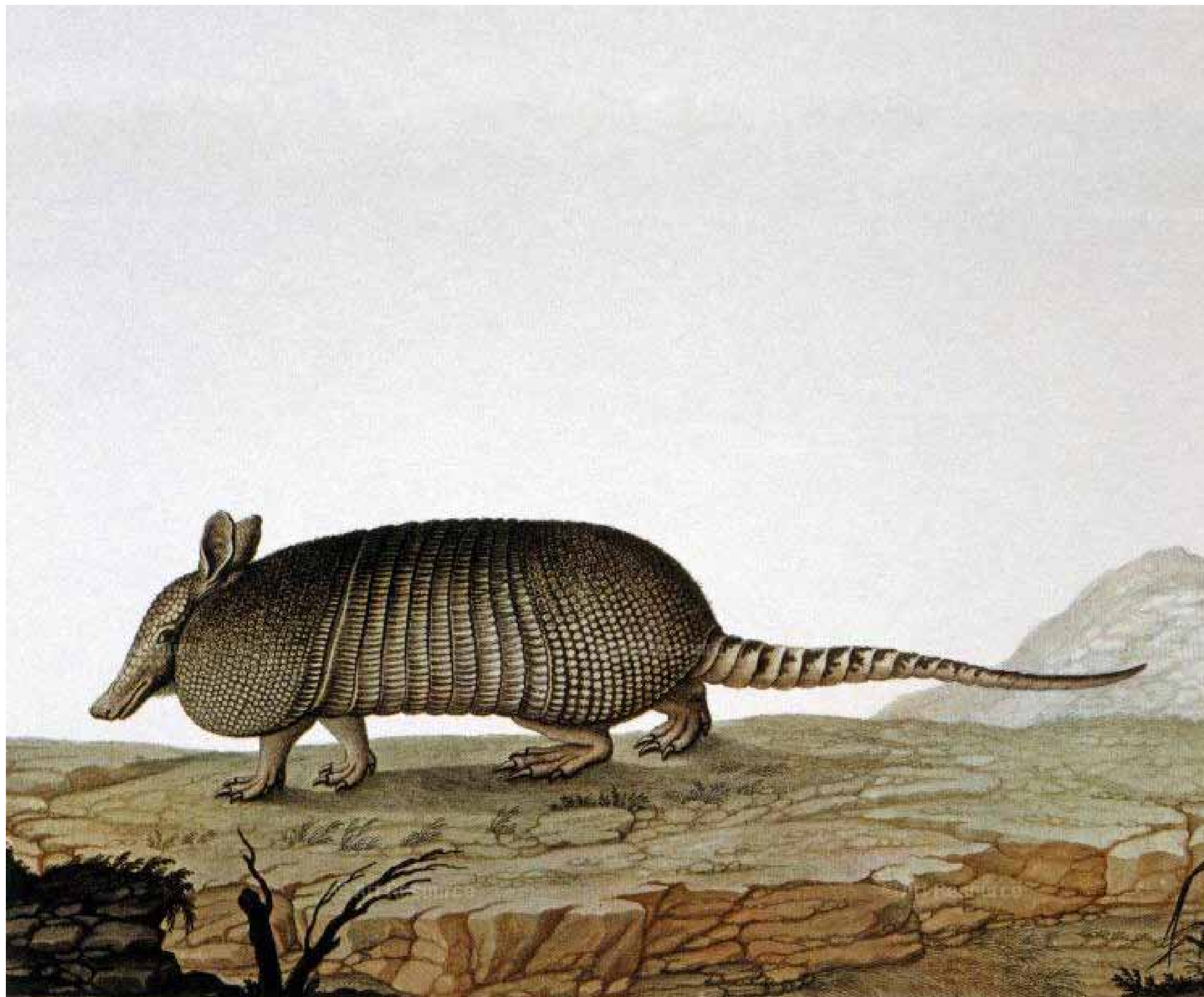
que no han podido evitar los que, por verlos vivos, no los han podido registrar; los que los han mirado extenuados, pelados y puercos en jaulas y cadenas; y los que los han buscado en los Gabinetes: donde, á pesar del cuidado, la injuria del tiempo ha de haber alterado mucho los colores, trocando lo negro en castaño, &c. y ninguna piel, ni el esqueleto mas bien preparado, dan idea exacta de las formas y medidas.¹⁸

¹⁵ Jan Papy, “Joachim Camerarius’ Symbolorum & Emblematum Centuria Quatuor: From Natural Sciences to Moral Contemplation”, en *Mundus Emblematicus. Studies in Neo-Latin Emblem Books*, 4 (K. Enenkel y A. Visser, 2004), pp. 200-234.

¹⁶ Joachim Camerarius, *Symbola et Emblemata*: Cent. Quatuor (1534-1598).

¹⁷ José Julio García Arranz, “Fauna americana en los emblemas europeos de los siglos XVI y XVII”, *Cuadernos de Arte e Iconografía*, 6, 11 (1993); Augustinus Chesneau, *Emblèmes Sacrez sur le Très-Saint et Très-Adorable Sacrement de l’Eucharistie* (Paris: Lambert, 1667).

¹⁸ Félix de Azara, *Apuntamientos para la historia natural de los cuadrúpedos del Paraguay y Río de la Plata*, tomo 1 (Madrid: Ibarra, 1802), p. 1.



medio de la misma verte una especie de cha-
rol hacia los costados, y hacia la inserción
de los pies, que no se nota en sudado.

Dasyus Peludo.

Dasyus pilosus. — *Unigulis septem; san-*
tis omnibus, anteriori tres, scutellorum in se-
riebus undecim, ad latera vix sex; posteri-
ori novem; scutelis ^{caeth} longe flavis quatuor.

Me ha sido preciso alargar esta frase, p.
que se han multiplicado las especies prin-
cipalm. de las de las viejas fajas. El Sr. Azara
ha encontrado este mismo número en
la mayor parte de sus especies, y también
cinco dedos en todos sus pies. Pero lo pien-
so de todo es, que asegura en el autor que las
fajas no son un carácter muy seguro,
pues lo ha visto variar con mucha fre-
cuencia, y que la edad las multiplica, ha-
biendo mucha diferencia entre los juvenes y los
adultos.

Otra razón me ha hecho alargar esta
frase, y es que no he podido conseguir
sino solamente su concha, p. que es ani-
mal muy raro en esta campaña, y na-
turales, de modo que me ha sido forzoso
partir muy propias, o de carácter que
son los pies y la cola. Algún día tal per-
seccionaré mas. Lo no encuentro
esta especie en ningún autor, y el Sr.
Azara, parece que la desconoce, no ha

Azara observaba animales vivos pero, como sugiere este párrafo, su ventaja residía en disponer de especímenes poco trasgados, para diseccionarlos y estudiarlos con los colores de la vida apenas apagada. Contando dientes y muelas, midiendo cabezas y colas, escapaba de las falsificaciones de los museos y de las trampas de los dibujos de la obra de Buffon, a quien reprendía por el uso superficial de las láminas y los nombres. Azara reconocía, en cambio, la superioridad de las descripciones de Daubenton. En efecto, el tomo de los cuadrúpedos de las obras de Buffon había sido escrito en colaboración con Louis-Jean Marie Daubenton (1716-1800) quien, con su sobrino político Félix Vicq d'Azyr (1748-1794), sostenía la importancia de los estudios anatómicos y de la anatomía comparada para la reforma del estudio del mundo animal. Estas propuestas subrayaban la necesidad de invertir las jerarquías: en vez de partir de la descripción de los rasgos externos, había que examinar con atención los órganos internos y la estructura anatómica del animal.

Hasta entonces, la clasificación de los armadillos era con base en el número de bandas presentes en los dibujos, sin poder reconocer que éstas variaban según la edad del animal y que no podían tomarse como carácter determinante. Azara rechazaba la apelación *buffoniana* de armadillos como también la *linneana* de *Dasyus* porque creaban una generalidad que no existía en la naturaleza ni en las clasificaciones de los americanos. Azara, un ingeniero militar de espada, plancheta y compás, formado en la cultura de la precisión, adoptaba, en cambio, “*tatús*” (caparazón grueso), el nombre general que daban los guaraníes

á una porción de cuadrúpedos, que tienen un cascarn en la frente, otro sobre la espalda, otro en la grupa, y entre estos dos un número de fajas al través, á quienes [...] [Azara denominó] *movibles*. Cada una de dichas cosas se compone de muchas piezas, conchitas seis escamas de hueso, cubiertas de una telita ó barniz.¹⁹

Quizás la adopción de la lengua general por parte de los jesuitas había colaborado con la expansión del nombre “*tatú*” en el Paraguay; Azara, a fines del siglo XVIII, lo relevaba como una clasificación ya enraizada en la experiencia local. Para el ingeniero, los nombres tupíes o criollos ordenaban la realidad mucho mejor que las clasificaciones esbozadas en Europa. Y aunque este militar afirmara que daba por cierto lo que había observado y que de lo que había oído “solo había apuntado algunas cosas, porque [...] [le habían] parecido ciertas, y porque [...] [se las habían] dicho sujetos de verdad muy conocida”,²⁰ no dudaba en registrar los nombres, como una entidad del universo visible. Así, describía los siguientes tipos: Máximo (sin nombre propio, llamado “*tatú negro grande del bosque*”), *Poyú* (“*mano amarilla*”, “*tatú bayo*” o “*quirquincho amarillo*”), *Tatuat* (o “*Tatural*”), Peludo, Negro (“*Tatubá*” o “*quirquincho negro*”), Mulita (“*Tatú-mbuicá*” o “*tatú mula*”, por sus orejas paradas), *Pichiy* y Mataco. Azara, después de desollar hembras y machos; medir uñas, dedos, patas, la vulva y el miembro suelto; analizar láminas, textos y las reprimendas de Buffon a los demás autores, concluía: el *tatú negro*, de exquisita carne, equivalía al *ayotochili* mexicano de Hernández y al *Tatú* de

Clusius. El conejo de calabaza encontraba su análogo en el *tatubá* de los tupíes. Azara, además, negaba el uso medicinal de los armadillos. No sólo había recorrido una región diferente a la de Hernández: habían pasado 200 años.

Megatherium cataphractum

En el Río de la Plata, como en todo el Imperio, el cuerpo de ingenieros,²¹ los médicos, los sacerdotes y los funcionarios coloniales articularon un sistema de provisión de datos según instrucciones y claros procedimientos. Las reformas borbónicas alimentaron esos resortes que, una vez roto el vínculo colonial, generarían una sociabilidad coleccionista movida ahora por intereses privados entremezclados con las lábiles iniciativas de los nuevos Gobiernos, los requerimientos de los consules extranjeros y las empresas mercantiles más diversas. En el contexto revolucionario, el círculo de sacerdotes ilustrados dedicado a la política y a coleccionar objetos de historia natural, manuscritos jesuitas, vocabularios indígenas y libros, combinaría sus intereses naturalistas con la promoción de “la vacuna” y la agricultura.²²

Entre los más renombrados, Dámaso A. Larrañaga (1771-1848) y Bartolomé D. Muñoz (†1831), uno en Montevideo y el otro en Buenos Aires, estudiaron las clasificaciones europeas.²³ A través de los agentes comerciales ingleses, catalanes y franceses recibieron libros y enviaron muestras a Europa, logrando armar una biblioteca científica que cotejaron con los archivos y las especies locales. En 1808, el estudio de “los *Dasypos* o encubertados” empezó a cobrar forma. Larrañaga afirmaba tener “un empeño particular en ordenar y reducir a sistema todas las especies de esta familia”. Mediante los comerciantes que traficaban con la campaña, como su hermano, Larrañaga consiguió una especie de *Peludo*. Lo identificaba con el *Payu* de la serie de Azara y comentaba: “[E]ste autor había fallado que el tal mammal no pasaba los 33 grados y ya Vmd. ve a la altura en que nos hallamos.” Larrañaga afirmaba haber realizado descripciones y observaciones nada comunes de las especies, así como haber formado “todos los caracteres científicos de los otros seis mammals de dicho autor, fundado en sus mismas descripciones, mientras no tenía la fortuna de observarlos p. [...] [sí] mismo o p.r. medio de las relaciones de [...] [sus] amigos”. Larrañaga reflexionaba sobre el animal al que, del otro lado del río, llamaban “Peludo”. Lo asimilaba al de Azara, pues tenía “las fajas con púas”. Muñoz, contrariamente, manifestaba que los peludos tenían entre 8 y 10 anillos con una púa en cada extremo. Muñoz dibujaba y Larrañaga, a distancia, le indicaba qué destacar: fuera esto la forma del mosaico que creaban los escudos o bien si las orejas eran horizontales o verticales o si las fajas eran móviles y estaban separadas por la piel intermedia. De obtener otros especímenes, prometía bautizarlos con el nombre de “*Dasyus Mugnozins*” (“vulgo Peludo”). Agregaba que nadie le daba importancia a estas cosas y, añadía:

[A]ún habrá alguno que se escandalice al verme perder el tiempo en el estudio de las obras de Dios y no se escandalizara

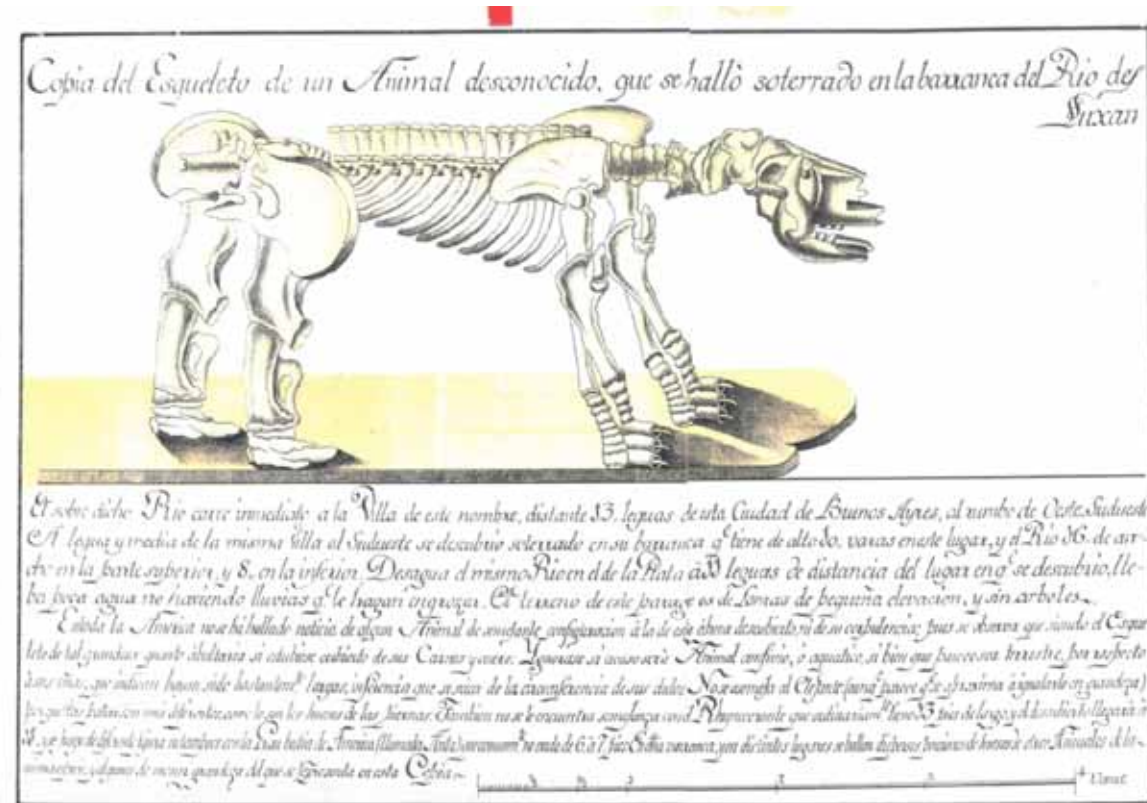
²¹ María H. Martín, Alberto de Paula y Ramón Gutiérrez, *Los ingenieros militares y sus precursores en el desarrollo argentino (hasta 1930)* (Buenos Aires: Fabricaciones Militares, 1976).

²² Nota del editor: se utilizaba la expresión “la vacuna” para referirse a la única existente en ese entonces: la vacuna contra la viruela.

²³ Roberto di Stefano, *El pulpito y la plaza: clero, sociedad y política de la monarquía católica a la república rosista* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2004); Irina Podgorný, “De ángeles, gigantes y megaterios: saber, dinero y honor en el intercambio de fósiles de las Provincias del Plata en la primera mitad del siglo XIX”, en *Los lugares del saber: Contextos locales y redes transnacionales en la formación del conocimiento moderno*, ed. Salvatore R. (Rosario: Beatriz Viterbo, 2007), pp. 125-157.

¹⁹ *Ibidem*, tomo 2, p. 99.

²⁰ *Ibidem*, tomo 1, p. IV.



al ver los otros muy entretenidos en estudiar las historias de los hechos y vicios de los hombres.²⁴

Muñoz, por su parte, le enviaba a Larrañaga la figura de un esqueleto que se encontraba en los archivos de Buenos Aires, duplicada de la documentación despachada a Madrid. Había sido hecha en 1787 por el teniente Francisco Pizarro, dibujante del Real Cuerpo de Artilleros, siguiendo las instrucciones del virrey Loreto (1725-1803) y los deseos de su descubridor, el fraile Juan Manuel de Torres.²⁵ De Torres, antes de remover el esqueleto, había solicitado un dibujante para que lo *extrajera* “en papel”, porque de otro modo se malograría todo el trabajo. Y añadía: “Haciendo un mapa o estado de ellos [los huesos del esqueleto], no dudaré que por él [el mapa] se podrán acomodar después, aunque se quiebren, o cuando menos saber su figura y magnitud”. El marqués de Loreto concedía e indicaba que se duplicaran los números en las articulaciones y partes en que fuera eventualmente posible su división o fractura. El dibujante, por su lado, tenía instrucciones de sacar las dimensiones en detalle y describirlas puntualmente, con adicional indicación del nombre del pueblo más cercano y la distancia que había del punto del hallazgo a dicho pueblo y al Río de la Plata. El hallazgo, a 13 leguas rumbo oeste-sudoeste de Buenos Aires, procedía de las barrancas del Río Luján, a legua y

media de la villa del mismo nombre. Siendo el esqueleto de tanta grandeza, surgía la pregunta de cuánto abultaría si estuviera cubierto de sus carnes y cuero. Hasta ahora América no había dado noticias de otro animal con igual configuración y se ignoraba si se trataba de un animal anfibio o acuático, aunque se suponía terrestre por el tamaño considerable de sus uñas, “inferencia que se saca[ba] de la circunferencia de sus dedos”. No se asemejaba al elefante, salvo en su tamaño; tampoco al rinoceronte o a la gran bestia americana llamada “anta”. En las cercanías se habían hallado dispersas porciones de huesos de otros animales de la misma especie y otras de menor tamaño. Las láminas incluían vistas de detalles, las medidas y la escala.

Muñoz, al realizar la copia para Larrañaga, conservó la escala, sacó la descripción y agregó que el esqueleto, guardado en Madrid, llevaba ahora el nombre de *Megatherium*. En efecto, los huesos, embalados en cueros con paja, habían llegado a Buenos Aires montados en esqueleto por varias personas inteligentes y, luego, despachados en siete cajas hacia Madrid, donde los preparadores del Real Gabinete los presentarían para su exhibición. El esqueleto llegaría a Georges Cuvier a través de otros dibujos, origen de este famoso animal extinguido, honrado con su nombre inventado *ex profeso* en los laboratorios parisinos de la moderna anatomía comparada.²⁶

En 1814, Larrañaga registró en su diario el hallazgo de “nuevos huesos de megaterio”.²⁷ Seguidamente traducía la descripción de *Megatherium* publicada en la *Encyclopaedia Britannica* de

1810, donde se subrayaba el carácter paradójico de esta bestia. Larrañaga, además de analizar los dibujos coloniales, traducía un artículo de una revista inglesa de 1806 que mencionaba las opiniones divergentes sobre la semejanza del *Megatherium* con los perezosos o con los elefantes. Es decir, a través de Muñoz, los antiguos archivos virreinales y las publicaciones que le llegaban por los comerciantes de Montevideo, Larrañaga estaba al tanto de los debates sobre esta nueva entidad zoológica que, como los armadillos, había surgido de los procedimientos de la administración colonial para luego empezar a circular internacionalmente con otros nombres.

Larrañaga se dedicó entonces al estudio de la anatomía comparada y los sistemas de clasificación de los mamíferos para elaborar un cuadro local, combinando los sistemas de Buffon, Cuvier y Blumembach con sus observaciones y las de Azara. Estas consideraciones se enmarcan en las reformas del sistema de clasificación de los mamíferos necesarias para incluir la fauna extinguida de la cual el famoso megaterio se había constituido en una de sus pruebas irrefutables. Cuvier reformulaba antiguos sistemas, armando nueve órdenes, entre ellos el de los edentados que incluía las tribus de los tardígrados (perezosos) y los edentados ordinarios (los armadillos o *Dasypos*, pangolines, cerdos y osos hormigueros). Cuvier colocó el género extinguido *Megatherium* entre los tardígrados. Pero, aunque el cráneo se asemejaba al de los perezosos, estos animales carecían de caninos y el resto del esqueleto tendía a parecerse al de los hormigueros. Los mamíferos de Linneo se fundían en un nuevo sistema que incluía otra dimensión: el pasado y las formas desaparecidas, donde la nitidez de las diferencias era aún más tenue que entre los vivos.

Larrañaga, en uno de sus cuadros, colocaría al *Megatherium* o *Cuvier colosalis* entre los edentados, clasificándolo como *Dasypos*. En otro *tableau*, basado asimismo en Cuvier —quien también modificaba constantemente sus sistemas—, Larrañaga agregaba un segundo tipo: “*Megaterium cataphractum*”. El cura de Montevideo había empezado a pensar que el animal corpulento de Luján podía haber llevado una coraza como la de los conejos aztecas y a ordenar sus colecciones en la casa de su chacra-museo en Montevideo. Larrañaga recibió allí a varios naturalistas viajeros, discutiendo y presentando sus objetos más preciados. En 1821 acogió a Auguste Saint-Hilaire en viaje por los territorios portugueses, quien luego recomendaría a Friedrich Sellow, comisionado por la Corte portuguesa y por Prusia, para coleccionar muestras de las provincias de Río Grande do Sul y la Banda Oriental. En el museo de Larrañaga, Sellow vio dos fragmentos de una cota de mallá ósea, uno perteneciente al dorso y otro a la cola de un animal de gran tamaño. Tomando las ideas del cura, informaba a Berlín que, probablemente, pertenecieran al *Megatherium*.²⁸ Sellow, poco después, conseguiría otros fragmentos de coraza en la zona del río Uruguay, a 800 kilómetros de Porto Alegre, Capitania de São Pedro do Rio Grande. Fue a Porto Alegre a donde habían llegado las noticias del descubrimiento de dos esqueletos, tan grandes que una sola carreta no bastaba para transportarlos. Sellow registró, asimismo, los distintos usos de los huesos. Mientras los peones armaban con ellos los fogones para el asado, los soldados canjeaban las colas fósiles como palmeras petrificadas y los niños los rompían para jugar con los escombros.

Casi paralelamente, en 1823, Saint-Hilaire, de regreso en París, publicaba una carta de Larrañaga sobre el fémur del megaterio, reportando otros hechos desconocidos: la presencia de escudos óseos externos y la semejanza de la pata y la cola con las de

esos animales que Larrañaga había estudiado con afecto cercano al paternal. El cura de Montevideo remarcaba que el megaterio de Cuvier no era otra cosa que *su Dasypos*.²⁹

Hernández y sus conejos de calabaza cobraban un nuevo significado: ayudarían a entender una fauna hasta ese momento desconocida que se reunía en Berlín con los especímenes enviados desde México. Y, aunque Lichtenstein no lo mencionara, Hernández también había informado sobre el hallazgo de huesos de gigantes en el valle de Chalco que, contrariamente a lo expresado por el dibujante español, aparecían por doquier, pero atribuidos a una raza humana exterminada por los indígenas. Una disciplina se había dedicado a estudiarlos: la gigantología española del siglo XVIII.³⁰ La gran novedad residía ahora en su transformación en animales, en una fauna sudamericana semejante a la actual, pero de dimensiones gigantescas y desaparecida de la faz de la Tierra. En París, Londres, Montevideo, Río de Janeiro, Filadelfia, Madrid, México, Berlín, Buenos Aires, se desempolvaban las obras de los jesuitas y protomédicos y las colecciones de los antiguos viajeros para tratar de encontrar allí otros fragmentos para entender la nueva fauna. La posibilidad de un enorme armadillo le quitó el sueño a más de un anatomista y complicó aún más la posibilidad de fijar las relaciones zoológicas. Finalmente, en 1840 el comercio de huesos de las pampas daría lugar al gliptodonte, un animal armado de coraza, grande como una vaca. Estos animales se bautizaban con nombres de raíz griega o latina pero inventados por los protagonistas decimonónicos de esta empresa. Plinio y Aristóteles ya no opinaban.

A fines de siglo XIX, el caparazón del gliptodonte se concebía como la vivienda de los hombres prehistóricos de las pampas. La coraza del “hombre del gran tatú”, sin saberlo, combinó el emblema de la tortuga y el armadillo. Por entonces, los paleontólogos se recomendaban: “Quien quiera fósiles, pregunte por gigantes”, recordando que las prácticas de estas ciencias ocurren en un continuo ir y venir entre el pasado y el presente; entre la anticuaria, la filología y la historia natural; entre los textos, las imágenes, los objetos y las palabras. Los intentos por fijar la nomenclatura, como se ve, no pudieron impedir los desplazamientos entre las lenguas y tradiciones culturales más diversas. En el caso de los armadillos, un nombre náhuatl se introdujo y estabilizó en la nomenclatura *linneana* a través de un nombre aristotélico. Las clasificaciones guaraníes de Azara pasarían a la taxonomía del siglo XIX y XX: cada uno de sus grupos alcanzó el nivel de género en la familia de los dasipódidos, un nivel de generalidad más o menos equivalente al del nombre “tatú”.

Lichtenstein, menospreciando las propiedades curativas de los animales, no se había preguntado si el uso medicinal había determinado la observación o si esa descripción se había podido despojar tan simplemente de su origen. Esa pregunta podría plantearse ahora, arriesgándonos a obtener el famoso dicho como respuesta: “Donde menos se espera, salta la liebre”. No nos olvidemos: las provincias del Tucumán y el Brasil conservan en sus herboristerías el poder de dos plantas, la “cola de quirquincho” y el “rabo de tatú” que, quizás, evoquen otro desplazamiento entre las fronteras que supuestamente establecen los nombres de los animales y las plantas.

²³ Rafael Algorta Camusso, *El Padre Dámaso Antonio Larrañaga: Apuntes para su Biografía* (Montevideo: 1922); Eugenio Beck, “Un benemérito de las ciencias en el Río de la Plata. Bartolomé Doroteo Muñoz (1831-1931)”, *Revista de la Sociedad Amigos de la Arqueología*, 5 (1931), pp. 52-90; Irina Podgorný y Margaret Lopes, *El desierto en una vitrina. Museos e historia natural en la Argentina, 1810-1890* (México: Limusa, 2008).

²⁴ “Larrañaga a Muñoz”, en Algorta Camusso, *El Padre Dámaso Antonio*, pp. 31-32.

²⁵ Manuel R. Trelles, “El Padre Juan Manuel Torres”, *Revista de la Biblioteca Pública de Buenos Aires*, 4 (1882), pp. 439-448.

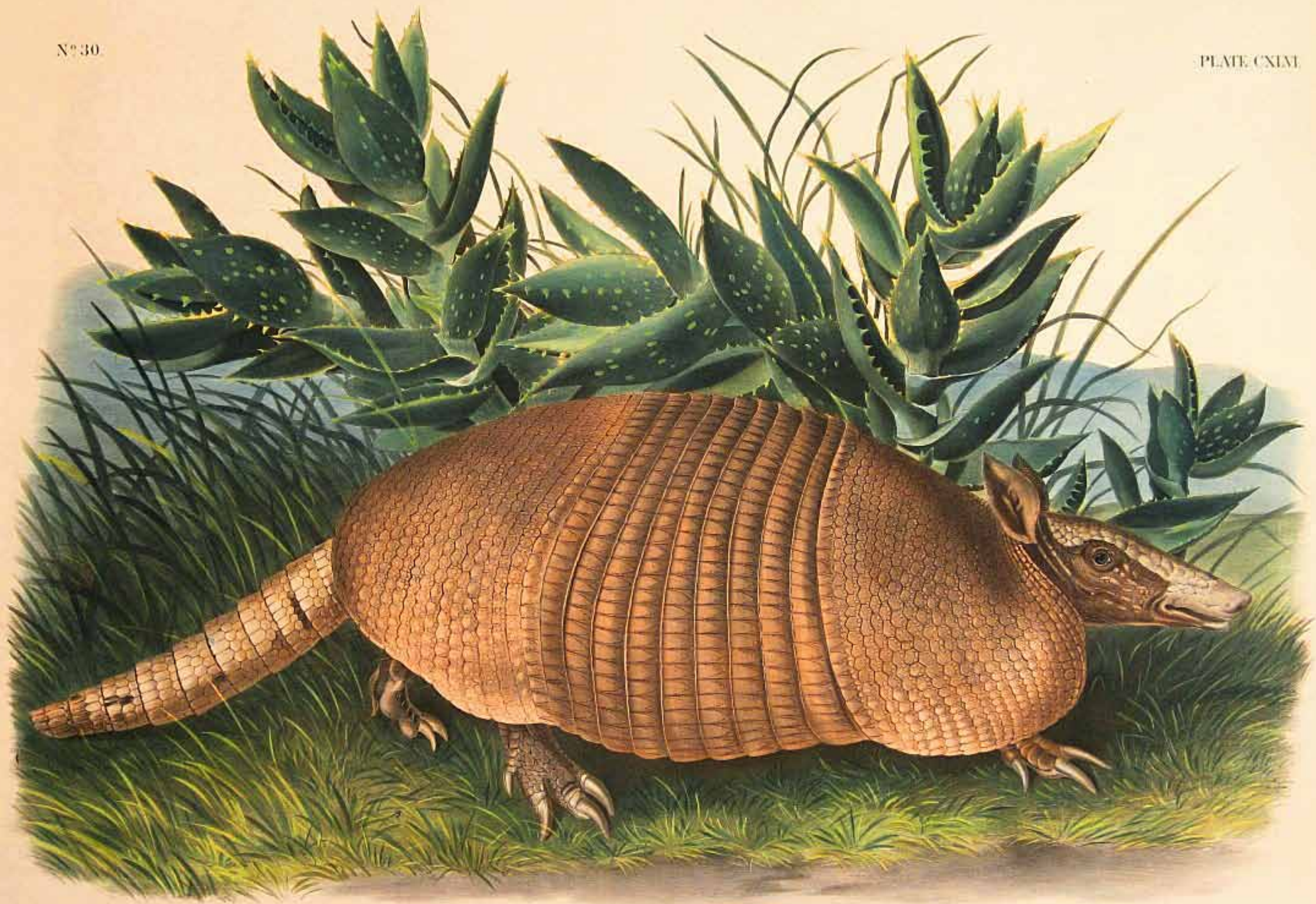
²⁶ La bibliografía sobre el megaterio es abundante. A las investigaciones de José M. López Piñero, Francisco Pelayo, Martín Rudwick y la autora, recientemente se ha agregado un ensayo de Juan Pimentel, *El rinoceronte y el megaterio* (Madrid: Abada, 2010).

²⁷ “Megaterium”, julio 1814, en “Diario de Historia Natural”, *Escritos de don Dámaso Antonio Larrañaga*, 1 (Montevideo: Imprenta Nacional, 1922), p. 4.

²⁸ Christian Weiss, “Über das südliche Ende des Gebirgszuges von Brasilien in der Provinz San Pedro und der Banda Oriental oder dem Staate von Monte Video: nach dem Sammlungen des Herrn Fr. Sellow”, *Abhandlungen der Königlich Preussischen Akademie der Wissenschaften von 1827* (1830), pp. 217-293.

²⁹ “Note sur le Megaterium de Cuvier, l’Hydromis-, et une variété nouvelle de Maïs. (Extrait d’une lettre de Damasio Larranhaga, de Monte-Video, à M. Auguste de Saint-Hilaire)”, *Bulletin des Sciences par la Société Philomatique de Paris* (1823), p. 83.

³⁰ Francisco Pelayo, “El orden natural y los gigantes: la Gigantología Spagnola Vendicata (1760) de José Torrubia”, *Archivo teológico granadino*, v. 6 (2002), pp. 129-139.



Drawn from Nature by J. W. Audubon.

DASYPOUS PERA, DESM.
 WHITE-BANDIED ARMADILLO.
 1822.

Published by G. & C. Whittier, New York.